

## CONFERENCIA

dictada en el Salón de Actos de la Universidad Nacional, sobre «La reforma universitaria»

Por Rodrigo Jiménez Mejía

*Excelentísimo señor Ministro, señor Rector, señores profesores, señores miembros de la Sociedad Jurídica, señores:*

El criterio general ha estado acorde en considerar a la Universidad como el índice real que refleja el grado de cultura de un país.

Guiadas por este concepto, las naciones europeas han instaurado una como especie de emulación, que es ya secular, tendiente a rodear a sus altos centros de enseñanza de todos los elementos que puedan colaborar a su prestigio.

Y se siente en Europa no sólo un ambiente de competencia entre las universidades francesas, inglesas, alemanas, italianas y rusas, sino que existe además, entre los mismos centros nacionales, una lucha permanente que se traduce en la implantación de sistemas pedagógicos diversos tendientes a hallarle una interpretación más adecuada a la cultura general.

En Inglaterra, Oxford y Cambridge, de una parte, que se inspiran en el más alto clasicismo, se sienten amenazadas por la Universidad de Londres que tiende a desvincularse del pasado y a darse una orientación moderna. Esta Universidad va presentando nuevos motivos de meditación y trata de abrir otras ventanas a la observación general, porque cree que los factores de cada momento son de naturaleza diversa a los que confrontó el mundo en épocas pasadas.

Esta conmoción, esta descomposición general del mundo, ha repercutido de manera sorprendente en las universidades extranjeras. Cuando las naciones sufren

el desquiciamiento de su economía, cuando flaquean sus fuerzas materiales el hombre trata de recobrar el equilibrio pidiéndole mayor rendimiento al factor humano; todos los cerebros entran en movimiento y los múltiples análisis y las más atrevidas teorías son vida nueva para la Universidad.

La historia nos enseña que estos instantes de cierre y fracaso de viejas instituciones, como lo es el momento actual, han sido siempre el ambiente más propicio para el florecimiento del sabio. Cuando Grecia se incapacita para resistir a sus enemigos, cuando sus instituciones libres se clausuran, cuando un período de descomposición general asiste a la muerte de Pericles, del último extracto social surge el padre Sócrates que, como una fuente viva, se instala en las plazas abiertas; y vienen Herodoto, Platón, e Isócrates y Aristóteles que revolucionan los viejos sistemas y tratan de darle una orientación experimental a las ciencias; y hacen su aparición los filósofos estoicos y los epicureístas que, aun éstos, enseñan al hombre que «no es posible ser feliz sin ser sabio, honrado y justo, ni ser sabio, honrado y justo sin ser feliz, y que aquel que es privado de una de estas cosas, por ejemplo de la sabiduría, no puede ser feliz aun cuando sea honrado y justo».

Apoyándonos en estas lecciones de la historia lógicamente debemos suponer que este período de actual descomposición del mundo será a su vez de gran resurgimiento para la vida universitaria e intelectual de los países,

Porque, señores, hoy presenciamos uno de los cataclismos fundamentales que han acontecido al hombre desde que es. Mirando hacia atrás debemos pasar en blanco la misma guerra europea que tenía el remedio de un armisticio y son casi sin trascendencia las luchas anteriores en que peligraba la existencia de un país pero se salvaba la organización general del mundo.

Sin embargo, en el transcurso de los siglos encon-

tramos una época que tiene importancia comparable con la hora actual. Es el siglo XV, cuando se unen en un lapso de no extensa duración la caída de Constantinopla, el descubrimiento de América y la invención definitiva de la imprenta que tuvo proyecciones no menos importantes que todo lo demás. A la imprenta y al ferrocarril se atribuyen, como a causas definitivas, los cambios fundamentales y las graves transformaciones que va sufriendo el mundo; cambios cuya sola aparición sorprende, que desconciertan con la rapidez de sus efectos, cuyo poder disolvente diluye en el transcurso de meses instituciones que se habían creado al calor de los siglos y que hacen aceptar en paz y, aún con beneplácito, las soluciones que antes no hubiera impuesto la guerra misma.

La imprenta transformó radicalmente la vida humana: la autoridad, que antes era el patrimonio de una casta invulnerable, se dispersó en las formas más diversas; el prestigio (ese fenómeno de magnetización colectiva, según Gabriel Tarde), principió a edificarse sobre bases completamente diversas y la inteligencia fue entonces como una moneda que entra en el mercado humano y que el hombre de todas las clases sociales tiene derecho a hacer circular; la ciencia que se hallaba herméticamente encerrada se volatilizó por todos los continentes como si Gutenberg hubiera hecho pedazos el ánfora que la contenía, y el hombre rompió los falsos ídolos y colocó al hombre mismo, al hombre que complete, al hijo de las multitudes, en los sitios predestinados.

Vino entonces el renacimiento de la ciencia y de la literatura con proyecciones tenidas como indiscutibles hasta la época de ahora en que la revaluación, como una vorágine, va removiendo todos los sistemas y todas las instituciones.

Yo no quiero, señores, en esta hora de meditación sobre la vida universitaria dedicarme a hacer la histo-

ría de esos centros de enseñanza, porque de poco o nada nos serviría ya que, como lo han demostrado los nuevos historiadores, esa misma organización universitaria se debió a causas económicas que en los actuales momentos se han transformado completamente. Pretender en la hora contemporánea hacer vida universitaria fundida en los moldes que usaron los tiempos pasados es como pretender que los ríos corran hacia atrás, es querer hacer tornar al mundo hacia los días medioevales, es como desenrielar el suelo de los continentes para despojar al hombre del ferrocarril y volverlo a la literatura o a la diligencia.

De nada supliría que yo historiara aquí el nacimiento de las tres grandes universidades de la Edad Media, París, Bolonia y Oxford y discriminara en qué período del siglo XII principian ellas a delinearse, y, a continuación, os demostrara que Cambridge fue una desmembración de Oxford y que la Universidad de las orillas del Cam vive como en un perpetuo estado de rebeldía. De esa forma de hacer historia es necesario desprender a la juventud porque es ya demasiado el tiempo que se le ha defraudado en la simple repetición de fechas y relatos que, al tomarlos separadamente, no tienen significación práctica alguna. Esas especies de diccionarios históricos no hacen otra cosa que atrofiar el cerebro del joven y matar su iniciativa.

Así como la economía de los tiempos actuales no puede inspirarse en las viejas teorías, así también el organismo universitario debe guiarse por normas distintas que sin desatender, naturalmente, al proceso continuado que es la naturaleza, consulten las exigencias de la vida contemporánea.

Se hunde la vieja universidad medioeval como un edificio carcomido y el sabio actual aún no ha ideado la manera de reemplazarla.

Nuestro célebre pensador Ingenieros, en su obra *La Universidad del porvenir*, nos lo dice perentoriamente :

«Las ciencias, al renovar ciertos dominios de la enseñanza pública superior, disgregaron la vieja arquitectura universitaria sin reemplazarla por otra nueva. Cada Facultad especial, instituto técnico o escuela profesional se ha organizado separadamente, prescindiendo de todas las demás; no existe una dirección sintética de conjunto según el nuevo sistema de ideas generales, que va reemplazando al antiguo. El desarrollo de las escuelas profesionales ha muerto a la vieja universidad pero no ha creado todavía la nueva. La Universidad debe representar el saber organizado y sintetizar las ideas generales de su época: ideas que son productos de la sociedad, derivadas de sus necesidades y aspiraciones ideológicas; si no lo hace deja de ser un instrumento útil para la civilización, es un obstáculo antes que instrumento de progreso. La ideología contemporánea implica un nuevo modo de plantear, tratar y resolver todos los problemas que interesan al hombre y a la sociedad; la universidad deberá reflejarla, o no tendrá razón de existir como nexo entre las Facultades especiales. La universidad debe ser una entidad viva, pensante, actuante, capaz de imprimir un ritmo homogéneo a la enseñanza de todas sus escuelas».

Y Maurice Wolff, desde fines del siglo pasado, comprendía ya las nuevas exigencias universitarias cuando decía en su libro sobre *L'Education Nationale*: «Los progresos necesarios residen, de una parte, en la apropiación más exacta de la educación a la sociedad que se transforma, y, de la otra, en la marcha progresiva hacia un ideal más amplio y más elevado. De un lado es necesario practicar la ley de la selección que condena infaliblemente a desaparecer a toda institución defectuosa por ser un organismo imperfecto en un medio refractario a su desarrollo. Esto es lo que hay que inculcarles a los partidarios obstinados de ejercicios escolares dignos de otras épocas, y esto es lo que deben

repetir los maestros en el seno de las universidades. Por otra parte es urgente hacer cesar la mala inteligencia que separa en nuestra sociedad democrática las diversas clases de ciudadanos, a pesar de falsas apariencias que hacen creer en el acercamiento de la burguesía al pueblo. La constante preocupación de los pensadores debe ser no solamente la educación de la democracia, sino la educación por la democracia, y yo entiendo por estos términos la amplia aplicación de esta bella divisa: igualdad y fraternidad. Es necesario volverle a enseñar a la juventud que esas palabras no son tan sólo símbolos abstractos que todos proclamamos pero no tomamos en cuenta. Para alcanzar estos ideales es necesario despojarse de todo egoísmo, de toda vanidad, es necesario ser pequeño entre los humildes, mezclarse a la existencia del obrero y del campesino. De acuerdo con los sistemas de hoy sólo las naturalezas de élite pueden resistir a la doble y disolvente influencia de la familia y de la escuela que enseñan a considerar como inferiores y despreciables todas las profesiones manuales y que desarrollan una falsa delicadeza no presentando a la miseria más que bajo un aspecto repugnante y sórdido».

Quizás la incapacidad de nuestras universidades para actualizarse, para desprenderse de los viejos sistemas gastados, se debe al gran mal que aqueja hoy al mundo, que es la falta de orientación. El problema de cada día encuentra al hombre desprevenido no sólo para resolverlo sino aun para plantearlo. Se nos escapan multitud de factores que son esenciales en la apreciación de esos resultados que, al ser diversos a los previstos por el hombre, lo desconciertan a cada instante, a tal extremo que hemos llegado a desconfiar aun de la inteligencia. Parece que esta facultad hubiera dejado de servirnos y que la solución de los problemas la vayan dando independientemente las fuerzas inmanentes de la misma vida.

Pero no es la inteligencia la que ha fracasado, son los sistemas de estudio y observación, son las universidades las que están en bancarota. Hubo una época plena de exigencias, esa de que ya os hablé al principio, la de los filósofos griegos, en que los hombres tuvieron necesidad de pensar y le trazaron rumbos a la humanidad; como consecuencia inmediata, como exigencia de desarrollo, se formó una escuela de repetidores que se limitaron a comentar los pensamientos de los maestros. De nuevas épocas de caos surge el mundo de los romanos con sus célebres sabios que sacan de nuevo al hombre del estado de la perplejidad y tras ellos se sigue el grupo de los repetidores, de los comentaristas, de nuestros sabios, que nos presentan hoy fórmulas inadecuadas para la solución de los problemas. Ante este derrumbamiento de las instituciones romanas la universidad está obligada a crear un nuevo grupo de hombres de pensamiento que sean capaces de darle orientación a los tiempos nuevos.

Pero para producir esos hombres hay que ampliar y reformar, cuanto antes, nuestro organismo universitario.

Ortega y Gasset en su conferencia sobre *La misión de la Universidad*, hace notar que la enseñanza universitaria aparece integrada por tres funciones: «la trasmisión de la cultura, la enseñanza de las profesiones y la investigación científica que ha de formar los nuevos hombres de ciencia».

Ante todo, la universidad debe ser hoy el análisis de la época, el centro que haya de producir la nueva forma de cultura porque, como muy bien lo hace notar Murray Butler, el Presidente de la Universidad de Columbia, en su maravilloso libro sobre *El significado de la educación*, lo primero que debe inquirirse acerca de cualquier plan de estudios es si conduce al conocimiento de nuestra civilización contemporánea.

Si en vuestra universidad, jóvenes que me escucháis, los problemas de la hora se debaten día a día con el calor y el entusiasmo que el momento exige, si allí afluye el concurso de las inteligencias más preclaras del país, si en la cátedra se analizan las nuevas ideas con la fe, con la sinceridad y la sencillez del sabio, vuestras universidades están desempeñando labor.

Pero si ellas son organismos anquilosados, residuos burocráticos a donde venís a rumiar dichos de hombres que pasaron a analizar épocas que ya no son, si son rezagos que quedaron de la organización medioeval, si son claustros encerrados por paredones de cementerio dentro de cuyos muros toda inquietud se extingue, si el nuevo libro que aparece no repercute en la cátedra, estáis, señores estudiantes, defraudando la época de observación de más interés que hasta hoy han presenciado los tiempos.

La reforma fundamental de los altos centros que se desprende como una consecuencia inminente de estas consideraciones, debe ser como la resultante de un remozamiento general de todos los sistemas de instrucción.

Porque la enseñanza profesional no puede ser otra cosa que la última etapa de una organización armónica en que la instrucción primaria y la secundaria sean con ella como circunferencias concéntricas. Desde que estas tres escuelas marchen sin un plan general, desde que se muevan en planos diversos, desde que el núcleo céntrico no pueda alimentarse de su protoplasma natural, nuestra instrucción irá cada día de mal en peor.

\* \* \*

Para comprobar la falta de lógica en el desarrollo de nuestra educación nos basta examinar el primero y más importante de los elementos de la universidad: los alumnos.

El estudiante que concurre hoy a las Facultades ¿será precisamente el colombiano que de acuerdo con las do-

tes de la inteligencia, esté predestinado para ser miembro del cuerpo pensante del país? O más bien, ¿será nuestro universitario el hijo del hombre capacitado para suministrarle una pensión de \$ 40, que le asegure la manutención durante los seis años lectivos? Con grima podemos comprobar que prima este segundo criterio en la formación del núcleo universitario.

En estos pueblos de raza más o menos homogénea, en que los capitales no son siempre el producto de una mayor capacidad intelectual sino que obedecen a factores tan diversos, es un grave error y una marcada injusticia que las puertas de la universidad prácticamente se abran tan sólo para la clase pudiente.

Este mal se debe, en gran parte, al hecho de estar desorganizado entre nosotros el sistema de las becas que desde la escuela primaria vayan formando al futuro profesional, y nos faltan también las escuelas superiores de orientación profesional que tan buenos resultados han dado en Inglaterra.

Las becas, el fellowship o Scholarship de los ingleses, las *bourses* de los franceses, tienen que ser el vehículo que traiga al pobre hasta los bancos de la universidad ya que el talento no es el privilegio exclusivo del joven cuya familia dispone de recursos pecuniarios.

Qué gran número de becas y premios cooperan en la instrucción superior de la Gran Bretaña. Son por decenas las ayudas de uno y otro género que figuran en los prospectos de sus universidades. En el de Cambridge puedo recordar *The King George V coronation Studentship*, *The Buchanan Prize*, *The Cholmeley Studentship*, *The Harmsworth Scholarship*, *The Blackstone Prizes*, *The Profumo Prizes*, *The Bacon*, *The Holt and Holher Scholarships* y así muchas otras ayudas que han asistido a la formación de los grandes intelectuales que las clases destituidas le han dado no solamente a esa gran nación sino al mundo todo.

De acuerdo con el criterio inglés al pobre de talento se le da instrucción gratuita, y al rico sin talento se le destierra de la universidad mediante el pago de fuertes derechos que los haga tan sólo un padre en un hijo de porvenir.

Una matrícula de ingeniería ha llegado a valer \$ 400, y en el sector menos costoso de leyes alcanza a \$ 100. Así evitan ellos que el holgazán se matricule en la universidad tan sólo para distraer el tiempo, para que se entretenga en algo, decimos aquí, y el mediocre, el desprovisto de toda vocación profesional, el joven averiado por un medio disoluto aparece al cabo de más o menos años con un diploma en que el estado garantiza su idoneidad y lo declara competente para dirigir sus destinos.

En Colombia es apremiante la necesidad de organizar la adjudicación de becas que acompañen en toda su carrera a los jóvenes de talento que carecen de recursos pecuniarios.

Yo no soy partidario de la instrucción costosa, pero sí creo que deben establecerse eliminatorias en los exámenes de prueba, de una positiva seriedad, no severidad, porque ésta puede confundirse con la injusticia.

La depuración, a base de un examen consciente, es el sistema implantado en la Universidad de París. En 1930 el 75 por 100 de los estudiantes de primer año fracasaron en sus exámenes. Es bueno citar las palabras exactas con que *Le Journal* registra este hecho: «Sobre 6.013 estudiantes de licencia en Derecho apenas 1.800 aprobaron su examen oral y escrito. Los de primer año sufrieron en particular pérdidas terribles: de 3.000 que se presentaron al examen escrito sólo 1.021 tuvieron derecho a examen oral, y de este último número sólo 800 fueron aprobados. Fracasaron, en resumen, el 75 por 100 de los alumnos de primer año. La proporción para los de segundo y tercer año es al re-

dedor del 50 por 100, la cual es, sin embargo, muy fuerte, ya que el personal de estos años lo componen estudiantes muy seleccionados y aguerridos para quienes la victoria debiera ser más fácil».

Es bueno observar que los alumnos de la Universidad de París son bachilleres en su generalidad de la Sorbona y que las pruebas en este instituto de literatura y ciencias son de una severidad tal vez mayor que las universitarias. Añadamos también el coeficiente de la laboriosidad y el talento incompetidos del estudiante francés.

\* \* \*

Ya vimos, señores, cómo a nuestras Universidades sólo llega excepcionalmente el pobre y nos queda por hacer notar la falta también de otro elemento que es importantísimo en las Universidades de Europa como que suministra del 30 al 40 por 100 del personal: *la mujer*.

Para comprender su capacidad intelectual es necesario observar el crecido número de ellas que resultan vencedoras en los concursos más difíciles. En las Universidades ellas se presentan con grande naturalidad en competencia con el hombre, a quien se han enseñado a ver de cerca desde los bancos de las escuelas primarias y secundarias. La mujer europea y estadounidense ha comprendido que en los actuales momentos su personalidad no puede depender del álea, que no puede continuar expuesta a todas las inseguridades y miserias dejándose colocar al margen de la producción. Ellas, en principio, tienen las mismas posibilidades que el hombre y al final cuentan muchas veces con un mayor porcentaje de éxito si es que sus capacidades son superiores a las de su competidor del sexo fuerte.

La escuela europea ha comprendido que las condiciones económicas son tan graves que hay que partir

de la base de que cada unidad humana, hombre o mujer, debe proveer para sí misma y ha preparado a la mujer desde la primera infancia para que esté en contacto inmediato con su colaborador natural que es el hombre.

Desgraciadamente, en este particular, nosotros no hemos podido despojarnos de las ideas que aportaron los moros a España durante sus siglos de dominación. Al decir de algún sociólogo europeo la única libertad conquistada por nuestras mujeres es la dejación del velo oriental.

Hasta cuándo este nuevo continente, que debiera ser el «plonnier» en materia de libertad y mutuo respeto, continuará invadido por la mentalidad de pueblos primitivos!

En materia de educación femenina nos hemos limitado a lo que nuestra pedagogía llama «la formación del corazón», pero las mujeres salen de los establecimientos de educación sin preparación alguna para ganarse la vida. Entre lo que sabe una de nuestras mujeres y lo que sabía una del siglo XVII no hay diferencia apreciable. ¿Sería que la mujer del siglo XVII estaba adelantada en 300 años a su época, o será que la nuestra tiene tres siglos de atraso en su preparación?

Estas consideraciones que no por dolorosas dejan de ser menos reales, nos ponen de presente la inminente necesidad en que estamos de crear grandes institutos que llenen ese saldo de cultura que hoy hallamos en nuestra contra.

Colegios modernos, especies de Sorbonas colombianas en donde se forme al hombre y a la mujer *standard* que necesita el país, colegios vinculados a la vida, en donde haya la luz necesaria para dilucidar todo género de problemas, en donde todos nos preparemos por igual para la dura lucha cotidiana.

\*  
\* \*

Un nuevo defecto capital de nuestra universidad es la falta de un plan general de enseñanza tendiente a obtener que el profesional colombiano esté unido, el uno al otro, por un ideal común de patria.

Nuestras diversas Facultades, con mentalidades antagónicas, van creando juventudes desligadas, juventudes mutuamente prevenidas, diferenciadas más por pasiones ciegas que por doctrinas filosóficas.

Como resultado de estas anomalías se llega a la formación de un estado de ánimo entre el elemento pensante, que hace imposible el acuerdo común al rededor de todo ideal, por generoso que sea.

La única forma hallada por Francia para cortar de raíz este mal que adquirió allá caracteres alarmantes en el siglo pasado, fue la reorganización de las universidades nacionales, impregnándolas de un ambiente tan elástico y comprensivo que ha sido capaz de producir una como homogeneidad en los profesionales informándolos en un espíritu general que no es otro que el alma misma de la nación.

Este es, en mi concepto, uno de los puntos básicos de la reforma: la unión de las juventudes en una gran universidad que, sin desligarse del Estado, adquiriera mucha autonomía, mucha vida propia y en donde puedan alternar todas las ideas dignas de atención sin ser deformadas por la pasión banderiza.

Podemos pensar, engañados por nuestro horizonte, que esta unión sea casi imposible, pero se pone de manifiesto el error de tal apreciación cuando se ve agrupados en la Universidad de París a los líderes de las más opuestas concepciones.

La tesis de la separación dejó de existir para mí cuando presencié que el mismo grupo que seguía las conferencias económicas de Camille Perreau, uno de los afiliados a la Acción Francesa, institución que alcanzó

a traspasar las lindes de la extrema derecha, oía luégo con marcado interés las teorías financieras de Gastón Jéze, el conocido izquierdista.

En este ambiente presidido por la tolerancia se provee el hombre de un espíritu de amplia comprensión; allí se aprende a conocer la relatividad de las apreciaciones humanas y se alcanza a sentir la fuerza incontrastable de las ideas selladas con la buena fe que no es otra cosa que la sinceridad.

«El creyente sincero, nos dice el Sociólogo americano, sea cual fuere su doctrina o su dogma, es respetable si tiene el valor moral de sustentar sus creencias desembozadamente, aceptando hasta sus últimas consecuencias. Sólo es temible y nocivo el sectario que trabaja subterráneamente, el hipócrita que sigue caminos oblicuos, no dando la cara, tejiendo y destejiendo redes invisibles, minando el hogar, la sociedad, la vida pública, sin exponerse nunca a perder las prebendas ni recibir los golpes desmarcadores».

Este es un instante feliz, os lo digo fervorosamente, para que la juventud colombiana haga la conquista definitiva de la sinceridad.

El Maquiavelismo ha sufrido hoy en el mundo una derrota definitiva. Vosotros sabéis cómo en su época los estados guardaban bajo siete llaves sus secretos y hoy los mismos ministros de las naciones enemigas van de un país al otro examinando los más privados renglones de los presupuestos con el fin de establecer finanzas sinceras.

El reinado de la sinceridad tiende a ser hoy, en todos los radios, la característica de los tiempos presentes.

Los ambientes ficticios, las convenciones que obedecían a meros intereses creados, los colegios a donde éntre la luz a medias deben desaparecer definitivamente y todo orden de cosas será vivificado por un espíritu nuevo.

«Contra los males de la juventud, nos dice Luis Jiménez de Asúa, sólo hay una fórmula eficaz de noble y armónico contenido: libertad y verdad. Lindsey, en Norteamérica, y Dehmel, en Alemania, afirman que los mozos modernos desdeñan la hipocresía y se esfuerzan por ser honestos. Los viejos convencionalismos que aún predominan en las sociedades vigentes son el obstáculo a esa rectitud y verdad en que los jóvenes aspiran a vivir».

Pero esta juventud llena de brío y deseo de adelantar no es capaz de darse a sí misma orientación y la espera impacientemente de la generación que la ha precedido.

Esta función del hombre mayor nunca ha sido más difícil de realizar que en los tiempos presentes porque, como algún célebre sociólogo lo hizo notar, una de las características más destacadas de los tiempos actuales es la de existir una especie de falla, de discontinuidad entre las dos últimas generaciones, en tal forma que los padres de los jóvenes de hoy no debieran ser sus padres sino sus abuelos, a juzgar por la diversidad de criterios que los alejan en sus concepciones y en sus aspiraciones.

El desarrollo de la velocidad que ha atacado al mundo en los últimos tiempos partió a los habitantes actuales en dos bloques que van distanciándose, más y más, día por día: de un lado el hombre de avanguerra que marcha dentro del ambiente y animado por el impulso que traía el mundo hasta el año 14, y del otro, la generación de posguerra que ha encontrado índices mayores en su fórmula de movimiento.

Presentándose este fenómeno social con caracteres tan netos cabe preguntar con la mayor ansiedad: ¿en quién radica hoy la función de orientar a la juventud?

Buscad la respuesta donde lo tengáis a bien y no encontraréis otra que ésta: en la Universidad.

Y la Universidad, señores, no podrá cumplir su misión sino mediante dos elementos: la Biblioteca y el Profesorado. Para terminar, hablemos de ellos rápidamente.

A pesar de los doscientos mil volúmenes de la biblioteca de París, yo considero que allí no se obtiene una idea aproximada de la labor que desempeñan las bibliotecas en la creación de la atmósfera universitaria. Para comprobarlo es necesario visitar las librerías de que se sirven las Universidades de Berlín y Londres.

Un condiscípulo alemán que perfeccionaba sus estudios en París, me sirvió de guía para conocer la biblioteca de la Universidad de Berlín. Un salón de mucha mayor amplitud que el que ocupa nuestra biblioteca toda, está colmado tan sólo por la prensa diaria de todas las partes del mundo. Allí llegan periódicos de Noruega, y de la Argentina, de los Estados Unidos, la Australia y el Japón, y más de un centenar de alumnos van y vienen continuamente con su periódico que encuentran admirablemente coleccionados contra los muros del salón en donde los mantienen cuidadosamente desplegadas las varillas de sostén.

Después pasamos al departamento de las revistas y vi allí un gran andamiaje provisto de cajoncitos enfilados, cada uno de los cuales llevaba el nombre de alguna de las revistas célebres del mundo, y en cada una de las celdas se encontraba el último número aparecido.

Y no hay para qué hacer hincapié en la extensión y organización del cuerpo mayor de libros de la biblioteca que alimenta a los Seminarios.

Recuerdo aún con pesadumbre que yo dejé mentalmente, por unos momentos, esa gran librería para pasear por entre nuestros cuatro libros, viejos e incompletos, y vi, como por espejismo, que en nuestros bancos de lectura había tan sólo un estudiante que hacía búsquedas para su monografía.

Ese contraste me impresionó en tal forma que me hizo concebir la idea del establecimiento de horas obligatorias de biblioteca para nuestros alumnos, como un recurso de disciplina. Que venga el estudiante aun con sus libros propios a leerlos allí, los libros que a bien tenga. Con dos horas que el alumno pasara en la biblioteca ya sabía la universidad que su estudiante había leído al rededor de seiscientas horas al año que, en los seis años lectivos serían más de tres mil horas; y no es aventurado sostener que un joven que ha leído durante ese tiempo llegará a ser un profesional aceptable.

La Biblioteca del Museo Británico, en Londres, es, sin exageración alguna, el alma misma de la Universidad. La Universidad de Londres que busca una como renovación en los sistemas pedagógicos, como antes lo hicimos notar, tiene cursos importantísimos que comprenden tan sólo doce conferencias. El Profesor va al aula no con el fin de exponer teorías, sino, a dar bibliografía a los alumnos de acuerdo con un programa de cuestiones y les señala hasta la página de las obras que deben leer con más atención. El alumno sale de la Universidad con su *attaché case*, su valija de mano, donde guarda sus papeles de notas, y se interna, por horas y horas, en la Biblioteca del Museo Británico.

De allí sale, al finalizar el año informado, no por un profesor sino por un conjunto de sabios expositores, a rendir un brillante examen.

Para tener entre nosotros algo de esto, que sea como un principio, se hace necesaria una amplia colaboración, que hoy es nula, entre las bibliotecas de las Facultades y la Biblioteca Nacional. Las obras demasiado costosas para aquellas, podrían adquirirse por conducto de la librería del Estado.

La renovación de esas bibliotecas debe ser constante ya que hoy, especialmente en materias sociales y económicas, las ediciones de tres años son *démodé*, porque

existen ya otras de más actualidad que vivirán también muy pocos días.

Sir C. Grant Robertson, en su libro *The British Universities*, destina la cuarta parte, que es la más encendida de su obra, a hacer palpar la importancia de las bibliotecas en la renovación del ambiente universitario y dice que el ideal de cada Facultad es que su biblioteca sea *a house of perpetual temptation*, una casa de tentación perpetua.

\*  
\* \*

La parte relativa al Profesorado es de la más cardinal importancia en lo que atañe a la reforma.

Presentando gravedad tanta los múltiples problemas que hoy confronta la juventud, como una consecuencia lógica se desprende la calidad de maestros que los tiempos exigen para elaborar la restauración del mundo, para crear la nueva atmósfera que el hombre necesita si es que ha de vivir una existencia normal.

Dos clases de sabios, según los entendidos en estas materias, necesitan las Universidades: el investigador y el maestro propiamente hablando, que es el expositor y el pedagogo.

Algunas veces estas dos categorías se reúnen en un solo individuo, pero muchas otras se dan separadamente. Para el investigador es el laboratorio en medicina, y es el Seminario, el curso de especialización en materias jurídicas y sociales; para el profesor común, para el expositor que es como el trasmisor del cuerpo general de una ciencia, que atiende al conjunto de ella y prepara el camino para la especialización, está la cátedra común.

Naturalmente, la formación de esas varias clases de Profesores ha dado ocasión al establecimiento de diversas categorías de maestros que principian con el repétidor, se continúan con el agregado, con el profesor común, con el profesor de doctorado y finalizan con el profesor honorario.

Los concursos son el medio más socorrido para la escogencia del personal docente. Yo creo que esos concursos tienen mayor porvenir en la misma América que en Europa porque el joven americano que resulte favorecido en una de esas pruebas puede complementar su formación añadiendo a su instrucción nacional el coeficiente de la cultura de pueblos más ilustres. Así puede aunar dos civilizaciones diferentes: la americana y la europea. En cambio el europeo es poseedor únicamente de su cultura autóctona.

Lejos está de mí el creer que todo alumno vencedor aquí en un concurso para el profesorado, que vaya al exterior a ampliar sus conocimientos, tenga las capacidades requeridas para la captación del sabio criterio de esos pueblos, pero sí podría haber un promedio crecido que sepa aprovechar, y en ese caso, se tendría así un buen vehículo para inyectarle sangre nueva a la institución universitaria.

Creo, también, que sería de mucha importancia en la reforma la creación del título de Profesor que deba renovarse cada tres o cuatro años mediante la presentación de una obra que demuestre ante el Consejo universitario que el catedrático está al orden del día en los avances de la materia que enseña.

Yo no creo que sea de absoluto rigor, para nuestro adelanto, la importación de profesores extranjeros porque soy optimista en lo que atañe a nuestra capacidad intelectual. Lo que nos falta es más espíritu de trabajo y mayor disciplina en la labor.

La importación de profesores para dictar una corta serie de conferencias, en idiomas extranjeros, da un resultado que en realidad no corresponde a la erogación que ese lujo implica.

Habría manera de hacer algo mejor a este respecto: con un costode \$ 500 de viáticos y \$ 200 mensuales vendrían aquí profesores franceses o ingleses que serían

jóvenes laureados en las Facultades de sus países muchachos que aún no cuenten con compromisos de familia, que los atraiga la curiosidad de observar este continente que es hoy de tanto interés en Europa. Ese viaje a América podría llegar a ser un premio muy significativo para las universidades del exterior.

El Secretario de la Universidad de París me aseguró que en Francia habría magníficos candidatos que vendrían en las condiciones que he dicho, bien sean doctores de la Universidad de París o de otra de las ilustres Facultades de esa República. Lo mismo puede decirse de Alemania, Italia y Estados Unidos, países que cuentan hoy con una superproducción de profesionales.

No hay que esperar que los profesores importados permanezcan en Colombia por más de tres años, porque entonces vendrían unidades que consideraban difícil abrirse camino profesional en su propio país. Aquí lo que necesitamos son representantes de una juventud inquieta que vengan a traernos el mensaje de su propia cultura. Ellos nos dictarían cursos de ciencias puras en inglés o en francés, cursos divididos en dos años, y los alumnos presentarían los exámenes en esos idiomas. Como resultado se obtendría que el bachiller llegaría a la universidad mejor preparado en lenguas porque de antemano conocía que tendrían una aplicación inmediata y con el trajín de los dos años lectivos las penetraría muy apreciablemente.

Así, al mismo tiempo que cursaba cuatro materias aprendía dos idiomas que son hoy de la mayor importancia en nuestro medio para la prosecución de los estudios y que serían de una ayuda extraordinaria a quien fuera a continuar sus estudios en el exterior.

Una de las necesidades más urgentes en relación con el profesorado, es el establecimiento de la oficina de repeticiones escritas, con el fin de que la universidad pueda entregar a los alumnos las conferencias que

dicte el catedrático semanalmente. Este es el índice para conocer en todo instante el movimiento de cada asignatura y se establece una como emulación científica entre el profesorado que resulta de gran provecho para las labores universitarias.

Los cursos así pollicopiados son muy útiles al alumno para complementar sus anotaciones personales y son el verdadero origen de los libros que escriben los profesores.

El catedrático que redacta su conferencia diaria acaba por disciplinarse admirablemente en la materia que enseña. No recuerdo haber visto a ninguno de los profesores extranjeros que abordara la cátedra sin tener a mano una gran serie de notas que iban alimentando su exposición.

El alumno de la Universidad de París dispone de cuatro elementos para preparar su asignatura: 1.º de las anotaciones personales; 2.º de las conferencias pollicopiadas que entrega la oficina de repeticiones; 3.º De un resumen de la materia que, al finalizar sus exposiciones, entrega el profesor para que sirva como guía y síntesis del curso, y 4.º De la obra extensa de cada profesor que algunas de ellas pasan de una docena de volúmenes y de las cuales van apareciendo nuevas ediciones cada tres años.

Hoy existe una tendencia muy notoria a darle notable incremento al trabajo personal del alumno. Monsieur Fauconnet, el compañero que fue de Durkheim, nuestro profesor de sociología en la Sorbona, acostumbra distribuir entre los alumnos, desde principios del año, el encargo de una serie de conferencias, que forman todo un curso completo de esa ciencia, y a cada estudiante le asigna una bibliografía que debe guiarlo en la preparación de su trabajo. Los demás alumnos se documentan, a su vez, y surgen así los debates semanales en que el alumno indicado de antemano lleva la

parte principal y los demás son unas veces colaboradores y otras competidores irreductibles. La conferencia que presenta el alumno pasa a otro de sus discípulos que la critica, y así acaban por familiarizarse todos con las diversas teorías y con los autores de todos los países.

El profesor dicta dos conferencias semanales que vienen a constituir como la columna vertebral del curso. Un método semejante emplea, con igual éxito, M. Bouglé, también reputado profesor de sociología en el mismo colegio de la Sorbona.

\* \*

Se acerca, señores, una renovación fundamental en los sistemas instrucionistas, debida a los últimos adelantos científicos. Me refiero a la utilización del radio y de los aparatos de televisión mediante los cuales los grandes profesores de fama mundial podrán dictar cursos muy amplios que seguirán simultáneamente las universidades de los más apartados lugares.

En Londres se han organizado ya algunas conferencias semanales de indiscutible importancia; Edison, Einstein, Musolini, Briand, Bernard Shaw, Ford y otros hombres de no menos notoriedad habían desfilado ya por la pantalla. Los habían de seguir los grandes profesores de las universidades.

\* \*

La grande objeción en relación con todos estos planes de reforma, inclusive en lo referente al profesorado, es la falta de remuneraciones adecuadas.

Es cierto que los presupuestos de instrucción deben ser suficientes, pero más esencial que esto, señores, es la formación en cada país de un grupo de hombres que sepan sublimar la pasión de enseñar a la juventud, apartándose, hasta donde sea posible, de fines pecuniarios, de ganancias mezquinas, que son como la escoria

de las cosas del espíritu. Los ejemplos de maestros anegados principian con la historia y llegan hasta el sabio Branly, a quien encontraron presto a morir de frío en el invierno pasado.

El profesor no es otra cosa que un apóstol que se ofrenda a la juventud porque sabe que la vida es el alimento de la vida misma.

Unidos todos, profesores y alumnos, por la pasión científica, por un ideal puro, verán surgir la nueva universidad que extenderá sus proyecciones hasta donde no son capaces de preverlo hoy los más célebres videntes.

\* \*

Estas consideraciones se han referido a la universidad en su conjunto. Materia de un nuevo análisis serían las que atañen a la organización de los estudios de Derecho y Ciencias políticas y de Ciencias Económicas y Sociales.

Presento a la honorable Sociedad Jurídica mi sincero reconocimiento por haberme cedido la palabra en esta su sesión de clausura, así como a la distinguida concurrencia que me ha honrado con su atención.

He terminado.

